



La rata

o de cómo se puede hacer caminar al mundo con una chancla mordida

Alberto Carvajal

Benín cabe en la niña del ojo de una serpiente. La brevedad del pedernal se incrusta por el costado occidental de ese corazón oscuro del África. Estilete pulido a golpes en la pugna por los territorios entre los reyes negros y la vorágine de “los descubridores” portugueses.

África subsahariana

África subterránea

África subjuntiva

En Benín hablan francés, pero en las calles, entre la gente, los niños, la señora que vende comida en la esquina, entre los que caminan este pedernal de continente, se escuchan otros sonidos, otras lenguas, las que se hablaban antes de ser “descubiertos”, y no porque estuvieran escondidos, cuando no eran ni mejores ni peores, pero no eran cazados ni encadenados. Sonidos que conectaban paisajes, habitantes diversos, lluvia, rayos, fuego, día, noche, sol y estrellas, simplemente de otra manera o de mil maneras que ya no sabremos. Un antes desconocido, del que en retazos nos llegan noticias así de repente, cuando no lo esperas, cuando solo caminas, cuando te sientas a comer y es tu dedo el que habla por ti. Cuando ya no es necesario hablar y es suficiente sonreír, y se ríen de ti cuando medio hablas y los niños hacen fiestas porque ven a un adulto balbucear.

En ese pedernal está el trazo de un camino al Golfo de Guinea, de una Ruta de Esclavos, camino de cuerpos extraídos a horcajadas de aquí, de allá o de *Alladá*. De acuerdo con el vudú, esos cuerpos antes de ser embarcados tenían que dar 9 vueltas los hombres, las mujeres 7, al Árbol del Olvido, y así quedar vacíos de historia, de recuerdos, de sonidos, de sueños, de infancias. También está el Árbol del Retorno que cobijará, después de la muerte, a las almas que retornen. Ahora, al final de esa Ruta, hay dos puertas frente al mar. Una, la Puerta del Retorno, homenaje de la UNESCO y otra de la iglesia católica. En medio de ambas, construye un gran hotel una empresa china. La Ruta se convertirá en una gran avenida. Y los Árboles serán tarjetas postales. Los cuerpos negros seguirán caminando, no solo para moverse, sino para mover al caminar, al *dark continent*, y de a poquito y sin descanso, al planeta entero. Cosa de saber mirar, cosa de perspectiva, cosa de saber caminar.

29/07/22
 (...)

 Con tres horas de retraso y lo que aún falta. Ojalá que a quien me iba a esperar en el aeropuerto le hayan dicho que el vuelo tenía un retraso del tamaño de Benín. Tierra de Toussaint Loverture! Y del vudú! Nomás!!!

 (...)

17/08/22
 Golfo de Guinea
 Ahí van los barcos por el golfo de Guinea!
 El mar suena fuerte y constante.
 Grita ola
 grita mar
 grita silencio
 grita profundidad
 Llegaron por el mar
 Se fueron por el mar
 Los llevaron por el mar
 Eso es lo que grita el mar
 mar abierto rojo de rabia
 negro de nunca más
 su piel fue el camino
 Su piel fue testigo
 su piel abraza
 te encuentra



Figura 1. Árbol del retorno. Benín, Guinea.



Figura 2. Puerta del retorno. Benín, Guinea.

06/08/22
 (...)

 Último día en Abomey Calavi! Si Cotonou me recibió para guardarme un poco del resfriado que pesqué la última noche, la de la fiesta de despedida de los elefantes de Wali-Bai, Bomasá, República del Congo. Este lugar me protegió con sus humedales, su viento y comida muy rica y extraña. Humedales y viento del hotel Chez Josias con sus desayunos amables. La comida fue de una señora ubicada en un pequeño lugar escondido al que un chico me llevó cuando lancé una pregunta a la mujer de una tienda por un lugar para comer. Me siento mejor. La cabaña donde pasé tres noches, creo que fueron cuatro, está apuntalada como las demás del hotel, a unos 50 metros dentro del lago Nokoué. Refugio líquido desde el siglo XVII de la gran caza de cuerpos para ser convertidos en esclavos nomás cruzar el Atlántico. La gente vive desde entonces en el agua.

 Son cuerpos agua.
 Cuerpos adultos,
 cuerpos jóvenes,
 cuerpos niños,
 cuerpos todos,
 cuerpos agua.

Se dedican a la pesca. Construyen jaulas acuáticas con un sin fin de ramas plantadas con una paciencia geométrica en el fondo del lago. Euclides aquí es un pez. Lo que conocemos como la maraña o sea, geometría absoluta, aquí tiene su inspiración.

La historia de la rata que me acompañó un tiempo, justo ahí en los humedales de Nokoué, esta grabada en unos audios para Kara. Todo empezó con la dona guanga, de esas que sostienen el cabello y que desapareció sin más; continuó con la chancla mordida y luego con la desaparición de una pequeña bolsa que contenía BCas y otra, vitaminas. Al día siguiente, ayer, con la bolsa de celofán encontrada en el mismo lugar que la chancla, tomó sentido las breves historias extrañas de cosas desaparecidas. La bolsa de celofán tenía unas mordidas. La noche anterior saqué de ella una playera de la Exposición *Art du Benin d'hier et d'aujourd'hui, De la restitution à la révélation*, a la que asistí en el *Palais de la Marina*, de *Cotonou*, y un saco de tela conmemorativo de la misma exposición elegido para resguardar el contenido de mi mochila amarilla. De súbito entro en la cuenta de lo que estaba pasando desde la desaparición rara de la donita guanga.



Figura 3. Ilustración de Clotilde, la rata que hizo dos orificios en la cabaña para poder entrar y salir.

Se trata de Clotilde. Una rata que había hecho dos agujeros para caminar de un lado a otro por la cabaña. Uno en el baño donde había llevado la chancla y la bolsa de celofán y otro cerca de una mesa donde dejaba, fruta y algunas magdalenas con las que acompañaba el momento nocturno de la toma de notas del día, mientras le echaba un ojo a los registros en video de los diversos trayectos caminados hechos por Toussaint, una cámara de dron amarrada en un porta documentos en el pecho. Una vez descubierta la visita le comenté a Jossias quien me dijo iba a solucionar la situación. En la noche de ese día llegué y vi los agujeros clausurados con tela adhesiva. También noté que un paquete de magdalenas colocado en una parte alta para evitar un posible ataque tenía varias mordidas y pastelitos de menos. La clausura con tela adhesiva fue un fracaso.

Las magdalenas que restaban las coloque en ambas entradas/salidas de Clotilde y le dije, buen provecho y que viva Combray! Realmente estaban ricas, y me dio algo de gusto compartirlas. Lo que aún no entendía era el escamoteo de los BCas y las vitaminas, claro, tampoco la donita guanga para el cabello y mucho menos el intento de querer meter la chancla a su guarida y, ante el fracaso, fue abandonada con una mordida de recuerdo. Ya en confianza o más bien por pura curiosidad y advertido de que es la que mató al gato metí una mano no sin cierta precaución y al mismo tiempo que le preguntaba a Clotilde si no había dejado en el camino mis vitaminas. Sentí el movimiento de algo. Era un tenedor de madera cuya desaparición no la había contabilizado. Lo tenía para una emergencia alimentaria. Era uno de estos tenedores que vienen en los recipientes de ensalada lista para servirse que venden en el super. Sorprendido del hallazgo tomo el tenedor, lo reviso y la sorpresa fue aún mayor al darme cuenta que no tenía rasguño alguno, ninguna mordida, ninguna raspadura. Digamos que no había sido usado por nadie ni siquiera por Clotilde. El tenedor de madera estaba intacto.



Figura 4. Palais de la Marina de Cotonou.

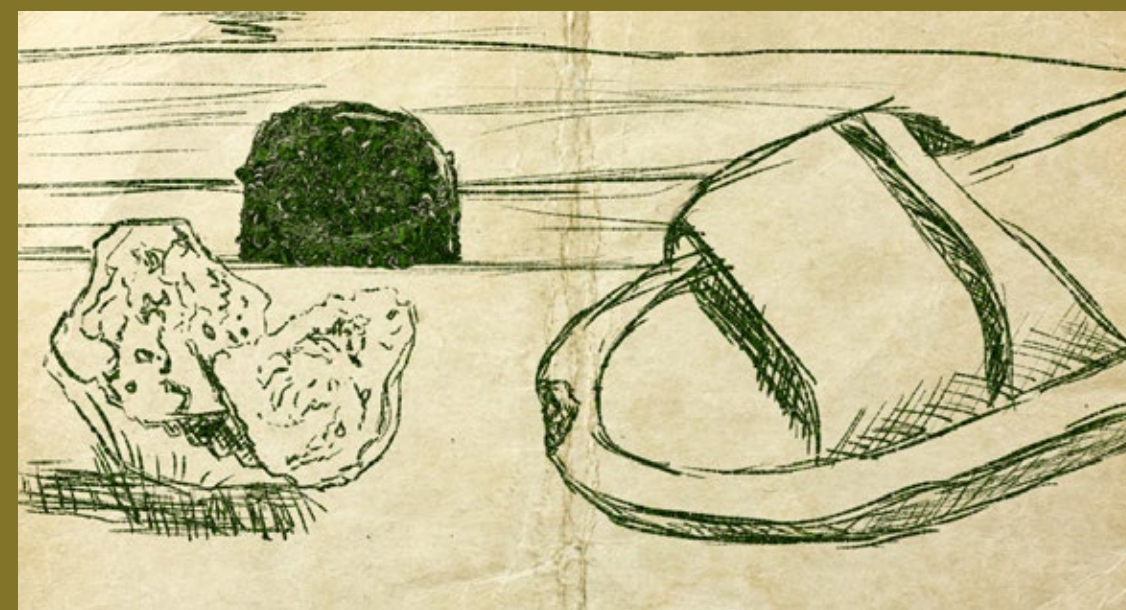


Figura 5. Ilustración de la guarida de Clotilde con la chancla mordida y las magdalenas.

Ayer después de despedirme de la amable señora cocinera a quien le decía al servir los diferentes platillos a los entusiastas comensales, que me sirviera lo mismo que a tal o cual, o que si podría combinarlos, cosa que le provocaba risa y comentarios que no entendía y los demás también reían. Comer con entusiasmo y sabores desconocidos como el maíz hecho gelatina con el que se sirven los alimentos cual si fuera una tortilla, era por demás emocionante y el momento era compartido con los comensales. Así conocí al camerunés y a otro amigo a quien se le acercó una mujer con una niña en brazos que se me quedó viendo fijamente. El hombre al ver a la niña le preguntó si quería ser mi esposa y todos reían. Sin embargo, sentí que en la pregunta había algo de una antigua tradición de imposiciones patriarcales. La pregunta la hizo varias veces apoyado por la zozobra de la mirada de la niña. En realidad, estaba asustada tanto de ver a alguien raro y, quizás, por la insistente pregunta.

El camarunés dejó por un momento la mesa colectiva y apareció al poco rato con una botella. Era aguardiente. Tenía un sabor a vegetal dulce. Brindamos e intercambiamos números de celular. De vez en cuando, nos saludamos. Después de brindar y vestida el alma con los nuevos sabores y el dulzor de la bebida, me despido. Me dirijo hacia la avenida y decido tomar un transporte colectivo que me lleve al embarcadero del lago y visitar Ganvié. Una la pequeña ciudad lacustre. Donde viven los cuerpos agua. Eran casi las 4 de la tarde. En la mañana de ese día tuve una entrevista memorable con Richard el bailarín, a quien vi en una Workshop dirigida por Germain Acogni, una coreógrafa beninés reconocida y que actualmente reside en Senegal. La danza, decía Richard casi al final de nuestro encuentro en un viejo teatro de la ciudad, no es lo que vemos, la danza es más que eso, la danza es lo que no se ve. Fue el desenlace de un testimonio que expande y aun suena y hace presente aquello invisible que me trajo al *dark continent* como le llamara Freud, no al África, sino desde una ignorancia confesa, a las mujeres. Bien podríamos decir entonces, que esa potencia danzaria invisible negra del África está en conexión con esa otra potencia estremecedora, cada vez más palmaria, lejos de toda estadística políticamente correcta de aquellos movimientos que cimbraron el siglo XX y dejan abierto el abanico de todos los sexos escamoteados a través de los siglos del largo otoño del patriarca. El África habita la ignorancia desde un saber que confiesa sorprendido su propia ignorancia. El negro aleteo de saberes ignorados, aplastados, diezmados, no se mostró en este continente sino en un fragmento de una isla del Caribe, en la danza negra invisible y profundamente continental, del *Bois Caïman* haitiano, 1791.



Figura 7. Ilustración del embarcadero de Ganvié.

El embarcadero tienen mucho movimiento. Los habitantes de Ganvié salen y entran desde su acuosa condición. Hay varias lanchas, piraguas, pequeñas otras largas, colectivas. Pagué un boleto y me dijeron que iría un guía para contarme la historia y que el pago del guía era mínimo de 6 mil francos, lo que me costó el boleto del embarque a Ganvié. Le dije a la persona que así me advirtió que no necesitaba de guía, que no quería uno, y me dijo que tenía que ir, entonces le dije que si tenía que venir que no tenía problema pero que no iba a pagar nada. Me molestó que me dijera lo del pago mínimo. Subió entonces un señor. Durante el trayecto hacia Ganvié se mantuvo todo el tiempo en silencio. Solo cuando llegamos dijo, esto es Ganvié. Siguió en silencio. Le pregunté cuando fue fundado el pueblo y me dijo que en 1767. En la época de la esclavitud, inquirí, así es, dijo.



Figura 6. Foto aérea del pueblo de Ganvié.

Me preguntó si quería bajar, habíamos llegado al centro. Antes me señaló una mezquita que también está sobre el agua. Bajamos y era un pequeño lugar de artesanías. En el centro de la pequeña placita, en frente del espacio de artesanías hay una altar vuduista, la señora que está a cargo del mercado es la patrona de las ceremonias que se festejan cada 10 de enero. Me gustó una máscara y una especie de bufanda y una campanita de vudú. Tomé un refresco de mandioca y regresamos Le pregunté al señor la profundidad, 1.50 metros, dijo. Tiene una población de 30 mil habitantes. El atardecer fue genial, ocurrió mientras regresamos. El señor vio el atardecer en silencio. Yo también. Me pareció una persona muy sabia, su silencio y las respuestas precisas lo constataron. Así, ayer me encontré con dos personas sabias. Un bailarín y un guía silente. Con gusto puse en sus manos más del mínimo advertido y un inmenso gracias.

Aun guardo en la retina y en la cámara experimento inseparable de mi esternón y también en el celular la potente imagen de aquello que vi en el altar vuduista. Eran tres personajes. Un hombre con un manto, un bastón y un sombrero. Una mujer de menor estatura y delgada con el torso desnudo y un taparrabos. Ambos ataviados de collares de piedras de colores. La mujer lleva un cántaro en la cabeza y las manos le ayudan al equilibrio. El tercer personaje me sorprendió. Al verlo no me cupo la menor duda que ya nos conocíamos. Me miró con el silencio del sabio guía y como si emergiera de pronto desde épocas pasadas, desconocidas, desde un lugar en el que ya no estaba más y que súbitamente unas manos lograron asirlo. Es más corpulento. En las manos sostiene un elote al que le da unas mordidas. Sin salir de mi sorpresa le agradecí por la visita, bueno, en realidad por haberme recibido en su casa-lago-Nokoué y por ayudarme con el resfriado selvático. Tiene en la cabeza un tocado envuelto en hilos gruesos como mil donas guangas sostenidas por clavos. Al subir a la lancha me di la vuelta para despedirme de Clotilde, la rata.



Figura 8. Ilustración de lo que se vio en el templo vuduista.

Al día siguiente tomé una mototaxi y me dirigí a Ouidah. Esta potente ciudad que fue testigo del caminar de cuerpos que no lograron refugiarse en el lago. Los que no se convirtieron en agua.

Clotilde es su memoria mordida.

Ficha de autor

Alberto Carvajal: carvajal@correo.xoc.uam.mx

Profesor e Investigador Titular UAM-X. Analista practicante Coordinador de dos Proyectos de Investigación: Las esquizofrenias, un campo paranoico de las psicosis y La sangre negra, alquimia de la discriminación Varias publicaciones. La última La diferencia sexual, una barbarie de la esclavitud, Casa de las Américas, La Habana, Cuba, 2022.